

## La espera

El frío en Castilla no perdona, te atraviesa sin pedir permiso y te invade seco y austero, por eso dicen que tenemos ese carácter, aunque no sea cierto.

En el andén me ajustó el cuello de la cazadora mientras siento cómo el viento silba entre las estructuras metálicas de la estación. Miro el reloj de pared: las agujas parecen moverse con una lentitud extrema, casi burlona. Parece como si el tiempo se hubiera detenido en ese instante.

Llevo aquí una hora. He visto pasar el Alvia hacia Santander y un par de mercancías que han hecho temblar el suelo bajo mis pies, y también mi inquietud. Pero a quien busco no termina de aparecer. Sé que vendrá y no pienso moverme. Quizás se me congelen las manos pero no las ganas del encuentro.

Venta de Baños siempre ha sido un lugar de paso, un nudo de caminos donde la gente se cruza pero rara vez se queda. Me siento parte de ese paisaje de transitoriedad que ha marcado mi vida. Nací aquí pero siempre estuve a caballo entre el pueblo y la ciudad. Primero en Palencia, durante el bachillerato y ahora en Valladolid por la carrera.

En el bolsillo, aprieto un billete arrugado, un papel que representa una huida o un regreso, aún no lo sé.

El olor a gasoil y hierro oxidado impregna el aire acurrucado por el eco de la megafonía anunciando destinos lejanos. He pensado infinidad de veces en marcharme para siempre, pero las raíces me atan con lazos fuertes y nostálgicos pero ahora no quiero abandonar esta tierra bajo ningún concepto.

¿Realmente vendrá? ¿O se habría quedado atrapado en algún punto muerto de la vía? No quiero que la duda me atrape pero el tiempo comienza a hacer mella en mi esperanza.

Me siento en un banco de madera desgastada, trato de distraerme jugando con el móvil, viendo estúpidos vídeos en Tik Tok que no me aportan nada, mirando fotos de ella, posiblemente el único motivo por el que lo hubiera dejado todo, pero no me quito de la cabeza la razón de por qué estoy aquí.

He hecho una promesa meses atrás, en un momento de crisis absoluta: "Nos encontraremos donde los caminos se dividan, y decidiremos qué hacer con el resto de nuestra vida".

A lo lejos, un tren regional ha frenado con un chillido agónico. Una nube de polvo y expectación ha envuelto el andén. De un salto me he puesto de pie con el corazón martilleando contra las costillas. De entre la bruma gris de la tarde, una figura ha comenzado a caminar hacia mí.

No trae maletas. Camina con las manos en los bolsillos, con el mismo paso dubitativo que yo mismo suelo tener cuando no sé hacia dónde ir. A medida que la figura se acerca, la luz mortecina de las farolas de la estación revelan tímidamente sus rasgos.

No hay abrazos, ni lágrimas, ni reproches. Me detengo frente al recién llegado y le miro a los ojos, le conozco demasiado bien. Soy yo mismo, pero con diez años menos.

El niño que está frente a mí tiene la mirada brillante, llena de los sueños que el tiempo, con toda seguridad, se encargará de desgastar.

Quiere decirme algo pero detengo sus labios mientras estiro la mano y le entregó el billete arrugado.

—Tómalo —susurro— aún estás a tiempo de no bajarte en esta estación.

El niño entiende bien el mensaje pero es tozudo y a pesar de su corta edad sabe bien lo que quiere. Se da la vuelta y comienza a caminar hacia la salida, dejando atrás su propio futuro en aquel andén desolado. Justo antes de cruzar el umbral hacia la calle, el niño se detiene. No se gira, pero sus hombros se tensan. Comienza a caminar firmemente, con una decisión que conozco muy bien.

Comprendo entonces que el tiempo no es una línea, sino un círculo que se cierra en lugares como este. Para que él avance hacia su destino, yo debo aceptar mi papel de fantasma.

Acepto finalmente el sentido de este encuentro. Me siento de nuevo en el banco de madera y siento cómo mis manos se vuelven traslúcidas.